

La zona gris de la España azul. La violencia de los sublevados en la Guerra Civil

Carlos Gil Andrés

IES Rey Don García (Nájera)

Resumen: Este artículo presenta los resultados de un proyecto de investigación sobre la violencia política en la retaguardia dominada por los militares rebeldes durante la Guerra Civil. El estudio se centra en el caso de La Rioja, una pequeña región agraria controlada por los sublevados desde el primer día del conflicto. En primer lugar, se destaca el amplio respaldo social obtenido por la insurrección, sobre todo en el campesinado familiar católico y conservador. En segundo lugar, se analiza la compleja trama de los autores de la limpieza política, desde los responsables principales hasta la colaboración hallada en una parte del vecindario de cada pueblo, la «zona gris» de la violencia. En las últimas páginas se plantea la larga sombra del terror visible en la represión cotidiana de los vencidos, mantenida a lo largo de toda la guerra y la posguerra.

Palabras clave: España, siglo XX, Guerra Civil, violencia política, terror.

Abstract: This article presents the results of a research project about political violence practice in the rearguard controlled by the rebel militaries during the Spanish civil war. The study focuses on the case of La Rioja, a small agrarian region controlled by the revolts since the first day of the conflict. Firstly, it is highlighted the broad social supports obtained by insurrection, especially in the catholic and conservative family peasantry. Secondly, the text analyses the complex network of the perpetrators of political cleansing, from the main responsible figures to the collaborators that can be found within the neighbourhood of each village, the «grey area» of violence. In the last pages, it is surveyed the long shadow of the terror visible in everyday repression of the defeated, maintained throughout the war and post-war.

Key words: Spain, 20th century, Spanish civil war, political violence, terror.

«Es que aquí no se entiende, no se entiende»; «sí es que no había pasado nada para tanto»; «aquí han sido los mismos del pueblo»; «¿quién puede explicar eso?». Algunos informantes, testigos de brutalidad vivida en la retaguardia sublevada durante la Guerra Civil, confiesan su incapacidad para comprender las razones del terror asesino que se adueñó de comunidades rurales sin precedentes de conflictos graves, localidades donde nada hacía presagiar la ola de violencia desatada en el verano de 1936. Su testimonio obliga al historiador a replantearse las bases y los objetivos de su investigación. Como ha apuntado Josep Fontana, para descifrar la complejidad de la Guerra Civil hay que superar «las visiones en blanco y negro, o mejor en rojo y azul, que siguen dominando entre nosotros». Por muy loable que sea la tarea, no basta con contar los muertos, denunciar la injusticia padecida por todos los paseados, desaparecidos, encarcelados y vejados y reconstruir la memoria de las víctimas. Es una labor necesaria, todavía pendiente en muchos sitios, pero insuficiente; no es el resultado final de la investigación histórica, sino el inicio de un proceso que nos permita entender «por qué en esa Castilla azul en que no había ocurrido en los años de la República nada que pudiese considerarse como una amenaza revolucionaria y en que no puede ni siquiera decirse que llegara a existir guerra civil, pudo producirse tanta violencia y tanta muerte». Desvelar, en definitiva, «las razones de la sinrazón»¹.

En los últimos años se han multiplicado los trabajos que, desde el ámbito de la historia local, abordan el estudio de la violencia en la retaguardia dominada por los rebeldes. Pero muchas de las investigaciones publicadas no van más allá del registro ordenado de los nombres propios de las víctimas y la descripción, más o menos detallada, de sus historias personales, de las pequeñas biografías segadas por la barbarie de la guerra. Tienen un valor indudable para los familiares de los represaliados, privados durante décadas de cualquier tipo de reparación pública, pero contribuyen poco a la comprensión histórica del fenómeno que estudian. No es un problema de la escala reducida de observación. Más bien al contrario, la historia local puede y debe ser un escenario privilegiado para poner a prueba los conceptos y las interpretaciones generales, plantear nuevas preguntas a las fuentes y enriquecer el conocimiento histórico con aportaciones válidas para el estudio comparado de casos.

¹ «Prólogo» de J. FONTANA, en ROBLEDO, R. (ed.): *Esta salvaje pesadilla. Salamanca en la guerra civil española*, Barcelona, Crítica, 2007, pp. xi-xii.

Ampliar la mirada y alargar la vista. Ésas podrían ser, a grandes rasgos, las dos propuestas fundamentales de las páginas que siguen. Ampliar la mirada hacia la otra cara de la violencia política, la de sus autores y colaboradores, con todos sus matices; alargar la vista más allá de la «explosión» del terror del verano de 1936, hacia la violencia cotidiana ejercida durante todo el conflicto, la transformación de las relaciones sociales y la definición de una nueva cultura política, que sirvieron de base y sustento del régimen franquista construido bajo el signo de la victoria.

«La Patria está en peligro». La movilización

Los datos y los testimonios citados proceden, en su mayor parte, de un trabajo de campo sobre la Guerra Civil en seis poblaciones de la retaguardia riojana². En la antigua provincia de Logroño, una pequeña región predominantemente rural con apenas doscientos mil habitantes en las vísperas del conflicto, los militares sublevados y sus apoyos sociales apenas encontraron resistencia. Se puede decir que la guerra terminó en las cuarenta y ocho horas siguientes a la declaración de la ley marcial, después del paso de la columna navarra del coronel García Escámez, camino de Madrid. La provincia había quedado, como decía una crónica, «liberada y pacificada». Sin embargo, la espiral de terror instaurada desde el primer día dejó en los meses siguientes un rastro de dos mil asesinatos, una operación de limpieza política que, en algunas localidades, presenta un porcentaje de muertos sobre la población real comparable a los ejemplos más sangrientos de otras zonas de España³. Dos millares de cuerpos de civiles indefensos, arrojados en fosas comunes, diseminados por las cunetas, los

² Los seis municipios (Fuenmayor, Cenicero, San Asensio, Briones, San Vicente de la Sonsierra y Haro) comparten la orilla del río Ebro, la carretera y la línea del ferrocarril. Tienen en común, además, una economía basada en la agricultura comercial, dominada por el viñedo, y una fecha señalada en su historia: en las seis poblaciones seleccionadas, el movimiento anarquista insurreccional del 9 de diciembre de 1933 encontró un eco destacado, una circunstancia que no olvidaron los directores de la represión en el verano de 1936. Véase GIL ANDRÉS, C.: *Lejos del frente. La guerra civil en la Rioja Alta*, Barcelona, Crítica, 2006.

³ En una veintena de poblaciones el número de asesinatos supera el 2 por 100 de la población, con algún caso donde llega hasta el 4 por 100, AGUIRRE GONZÁLEZ, J. V.: *Aquí no pasó nada. La Rioja 1936*, Logroño, Santos Ochoa, 2007.

barrancos y las tapias de los cementerios; historias estremecedoras sobre el terror más despiadado, el desconsuelo, la humillación y el silencio impuesto durante décadas. Pero, según avanzaba la investigación, cuanto más se acercaba a los relatos de las víctimas, más se alejaba de la comprensión del fenómeno de la violencia. Podía describir lo ocurrido pueblo por pueblo, caso por caso, día a día, pero no lo explicaba. La complejidad del pasado en vez de abrirse paso, como se esperaba, se estrechaba cada vez más.

Para los familiares de las víctimas lo ocurrido en el verano de 1936 es algo absolutamente incomprensible, incluso para aquellos que vivieron la experiencia en primera persona. La mayoría recurre a cuestiones privadas para intentar encontrar algo de lógica a una violencia que consideran inexplicable. Fueron «los malos quereres», las envidias, «que había mucha envidia entonces», las «inquinias», las «rencillas de los pueblos», la «mala sombra», la «mala leche», porque «habían tenido un quítate más allá» o simplemente por nada: «¿Y quién sabe explicarlo? ¿Motivos? San quiero». Algunos informantes sostienen que a su padre, a su hermano o a su marido los mataron por nada, sólo porque eran buenas personas, buenos trabajadores y buenos padres de familia. El relato más repetido tiene como referente más o menos cercano el mito de la locura trágica⁴: «Una guerra es una cosa muy mala, las guerras cambian a los hombres y les empujan a hacer cosas incomprensibles», «en la guerra se cometen atrocidades, muchos se vuelven locos». El discurso más elaborado ideológicamente tiende a describir la guerra como un conflicto puro y simple de lucha de clases, de ricos contra pobres, de caciques contra obreros, de militares y curas contra trabajadores, y está aún más extendida la visión dicotómica que sólo distingue entre fascistas y demócratas. Muchos familiares se muestran incómodos cuando el entrevistador les descubre la militancia de la víctima en la UGT o en el PSOE, y mucho más aún si se trata de un militante de la CNT, de un joven implicado en la insurrección anarquista de diciembre de 1933 o en el movimiento revolucionario de octubre de 1934⁵. La memoria, como

⁴ MORADIELLOS, E.: 1936. *Los mitos de la guerra civil*, Barcelona, Península, 2005.

⁵ Las citas de entrevistas orales incluidas en este artículo proceden de tres proyectos de investigación diferentes, todos dentro del ámbito geográfico de La Rioja. El primero, realizado en Arnedo entre los años 2000 y 2002, fue publicado con el título *La República en la plaza. Los sucesos de Arnedo de 1932*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos-Ayuntamiento de Arnedo, 2002. Los resultados del segundo, elaborado

sabemos, reelabora el pasado y lo reconstruye de acuerdo con los valores actuales, como si los que vivieron en aquellos años fueran idénticos a nosotros, como si los perfiles de sus rostros se pudieran transplantar en las caras del presente⁶.

Al repasar las transcripciones de las entrevistas es fácil recordar los comentarios de Zygmunt Bauman sobre su imagen inicial del Holocausto, como un asesinato horrible cometido por malvados contra inocentes, por seres enloquecidos contra víctimas indefensas: «Creía, por exclusión más que por reflexión, que el Holocausto había sido una interrupción del normal fluir de la historia, un tumor canceroso en el cuerpo de la sociedad civilizada, una demencia momentánea en medio de la cordura». Podemos describir con detalle la cuenta macabra de los crímenes, las fechas, los nombres y los lugares de la tragedia, la narración de las vidas cortadas por el tajo del terror, pero entonces «no logramos ver lo que miramos»⁷. Para verlo, para aspirar a comprender lo ocurrido como un fenómeno histórico explicable, para acercarnos a las raíces de la violencia, debemos cambiar el punto de vista y ampliar el enfoque, incluir junto a los sufrimientos de las víctimas las razones de los verdugos⁸, los motivos que llevaron a un amplio sector de la población a empuñar las armas para defender en el frente la causa de los militares sublevados y a colaborar en la retaguardia en la represión de sus vecinos, convertidos de la noche a la mañana en enemigos deshumanizados. Como ha señalado Joanna Bourke, lo más sobrecogedor de los asesinatos en masa es que revelan niveles inauditos de complicidad y que fueron alimentados tanto en las estructuras militares como

a partir de un trabajo de campo en la comarca de la Rioja Alta, entre los años 2003 y 2005, en el libro ya mencionado, *Lejos del frente. La guerra civil en la Rioja Alta*. Por último, algunas de las citas orales proceden de una serie de entrevistas efectuadas en la localidad de Cervera del Río Alhama, entre los años 2006 y 2008, y que forman parte de un trabajo todavía sin publicar. Omito las referencias detalladas de las citas para no recargar el texto en exceso.

⁶ FRASER, R.: «Historia Oral, Historia Social», *Historia Social*, 17 (1993), p. 132. Que nuestros abuelos no fueron como deseamos que nos aparezcan es una de las reflexiones de IZQUIERDO MARTÍN, J., y SÁNCHEZ LEÓN, P.: *La guerra que nos han contado. 1936 y nosotros*, Madrid, Alianza, 2006.

⁷ BAUMAN, Z.: *Modernidad y Holocausto*, Madrid, Sequitur, 1997, pp. ix-x y 288.

⁸ RODRIGO, J.: *Hasta la raíz. Violencia durante la guerra civil y la dictadura franquista*, Madrid, Alianza, 2008, p. 52. También LEDESMA, J. L.: «El 1936 más opaco: las violencias en la zona republicana durante la guerra civil y sus narrativas», *Historia Social*, 58 (2007), pp. 166-167.

en las civiles y que implicaron a personas «corrientes» conocidas de las víctimas⁹.

Lo dijeron los obispos españoles en la carta colectiva publicada a finales de 1937: «Nótese, primero, que la sublevación militar no se produjo, ya desde sus comienzos, sin colaboración con el pueblo sano, que se incorporó en grandes masas al movimiento que, por ello, debe calificarse de cívico-militar»¹⁰. Así fue. Hay que volver a subrayar que el fascismo es un fenómeno de masas, que los regímenes totalitarios de la Europa de entreguerras contaron con la aceptación, cuando no el apoyo entusiasta, de una parte importante de la población y que el caso de España no fue una excepción. Como explica Mazower, preferiríamos concebir la Europa entre las dos guerras como un continente descarriado por dictadores lunáticos y no como un territorio que, en buena medida, había optado por el abandono de la democracia; preferiríamos pensar en un proceso simple de demencia colectiva en el que la gente fue engañada por regímenes poderosos a través de la coacción, la censura y la manipulación, pero estaríamos pasando por alto la extraordinaria capacidad de movilización de valores compartidos y asumidos por un amplio sector de la ciudadanía, el eco popular del discurso de una nación nueva, integrada y en orden, la Nueva España fundada por los militares rebeldes en el verano de 1936¹¹.

El caso de La Rioja es un buen ejemplo. El rápido triunfo del «Alzamiento» y el apoyo recibido por los sublevados no se entiende si el conflicto se reduce a una lucha entre patronos y militares contra trabajadores. Por supuesto, en el verano de 1936 los grandes propietarios estaban donde tenían que estar, al frente de las comisiones gestoras nombradas por los rebeldes. Los conflictos sociales vividos en los años anteriores y la amenaza que, para los poderes locales, supuso la legislación reformista republicana explican la adhesión sin fisuras de la Cámara Oficial de Comercio e Industria de la provincia, entregada a la «noble cruzada contra el empuje selvático de la masonería judaizante y de los vendidos al oro ruso», dispuesta a no regatear esfuerzos en defensa de «la Patria amenazada por hordas anarquizantes al servicio

⁹ BOURKE, J.: *La Segunda Guerra Mundial. Una historia de las víctimas*, Barcelona, Paidós, 2002, p. 193.

¹⁰ *Boletín Oficial del Obispado de Calaborra y La Calzada*, núm. 12, 15 de diciembre de 1937.

¹¹ MAZOWER, M.: *La Europa negra. Desde la Gran Guerra hasta la caída del comunismo*, Barcelona, Ediciones B, 2001, pp. 43 y 53.

de inspiraciones e influjos extranjeros». Explican también la carta de la Comunidad de Labradores de Haro sumándose al «movimiento patriótico salvador de España». Los «mejores españoles», los «más fervorosos creyentes», los «que tenemos nuestros hijos en filas» se ofrecen a la lucha no sólo para derrotar al enemigo sino para eliminar de raíz y para siempre el mal que se combate: «nuestra maldición para los traidores-sinvergüenzas-canallas-ladrones-antipatriotas a los que hay que exterminar porque son indignos de pisar esta hermosa tierra Española, y sólo y únicamente pueden habitar en Rusia, donde nos embaucan diciéndonos que aquello es un paraíso»¹².

Pero, como precisan Redondo y Zavala en *El Requeté (la tradición no muere)*, no se trataba solamente de «la tranquilidad de la digestión y el sueño de los poderosos». A la «voz ejecutiva» del Ejército le siguió una «reacción viril» de los españoles de bien: «¿Quién sabrá explicar el fenómeno de que tantos hombres de condición humilde, modestos labradores y obreros, muchos desheredados de la fortuna, abandonados de la suerte y víctimas de las desigualdades económicas, fueran con tanto entusiasmo y fervor a la guerra?». La razón principal, para los dos autores, militares de profesión, fue la defensa común de lo que a todos les unía, los valores «religiosos, patrióticos y militares»¹³. Setenta años después todavía se puede reconocer el eco de ese discurso en la memoria de aquellos jóvenes que, en el verano de 1936, vistieron la camisa azul de Falange o la boina roja del Requeté y se presentaron para empuñar las armas. Los testimonios orales de los voluntarios supervivientes, mucho más difíciles de conseguir que los de los familiares de las víctimas, tienen, si cabe, más interés desde el punto de vista histórico. A través de ellos se puede reconstruir de qué manera llegaba a los sectores populares el discurso del miedo y de la amenaza revolucionaria difundido en los meses anteriores al golpe de Estado, y cuáles eran las identidades que fueron capaces de movilizar a una gran parte del campesinado familiar, católico y conservador¹⁴.

¹² Archivo Histórico Provincial de La Rioja (AHPLR): Gobierno Civil, Municipal, Logroño, caja núm. 12, y Haro, caja núm. 3.

¹³ REDONDO, L., y ZAVALA, J.: *El Requeté (la tradición nunca muere)*, Barcelona, AHR, 1957, pp. 78-79.

¹⁴ La importancia del campesinado familiar en las obras conocidas de MOORE, B.: *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia*, Barcelona, Península, 1975, y de LUEBBERT, G. M.: *Liberalismo, fascismo o socialdemocracia. Clases sociales y orígenes políticos de los regímenes de la Europa de entreguerras*, Zaragoza, Prensas Universita-

Un informante recuerda que fue a luchar «para defender a España»; otro porque «no queríamos que viniera Rusia a España»; un tercero recuerda «que la Patria estaba en peligro». En la mayor parte de los casos se repiten las expresiones sobre la defensa de la nación, de la propiedad y de la religión: «ellos decían ¡viva Rusia! y nosotros ¡viva España!»; «la cosa estaba demasiado revuelta ya»; «había una situación tal que era un desbarajuste»; «la política era un engaño»; «no hacían más que incendiar los conventos y las iglesias»; «estaban las cosas muy mal, muy mal antes de la guerra»; «la tensión era creciente y la paz resultaba imposible»; «que el sudor de uno que se lo iban a quitar»; «los republicanos llevaban todo parejo toda la vega, robaban por todo, ¿me entiende usted ahora? Les parecía que ya el comunismo, todo para todos. Y recibían dinero de Rusia. Que era sucio eso, ¿no es sucio eso? ¿Coger dinero de eso y hacer propaganda al contrario? Y quemaron la iglesia».

En los relatos recopilados se repiten, con mayor o menor elaboración, la crítica a la política parlamentaria, nociones sencillas de los conceptos de Patria y Nación y la percepción de que la propiedad privada estaba en peligro y de que el caos y el desorden podían terminar con las costumbres y creencias tradicionales. El país avanzaba hacia el precipicio y era necesaria una solución de fuerza. El discurso de la derecha había dado ya sus frutos en la campaña electoral de otoño de 1933, con un gran despliegue de medios de propaganda y de recursos materiales y humanos. En la provincia de Logroño, los candidatos de la CEDA obtuvieron un triunfo rotundo que reeditaron, aunque de manera más ajustada, en la convocatoria de febrero de 1936, la más concurrida, intensa, apasionada y moderna de las celebradas hasta entonces, un campo de lucha política y cultural, de identidades enfrentadas. Por un lado, el pueblo republicano, la comunidad urbana y la fraternidad obrera; por otro, la comunidad local tradicional y el pueblo católico. La legislación laicista del primer bienio republicano y, sobre todo, las actitudes anticlericales de grupos de republicanos y obreros hicieron que una parte de la población identificara el conflicto religioso como una división fundamental de la sociedad

rias, 1997. La capacidad de movilización del sentimiento nacionalista español y las propuestas fascistas en NÚÑEZ SEIXAS, X. M.: *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*, Madrid, Marcial Pons, 2006, y en COBO ROMERO, F.: «El franquismo y los imaginarios míticos del fascismo europeo de entreguerras», *Ayer*, 71 (2008), pp. 117-151.

española y que los sectores católicos se sintieran perseguidos dentro del orden republicano, dispuestos a movilizar su descontento aprovechando las formas de acción del ritual religioso y, en último término, a situarse en la frontera de la legalidad cuando la ocasión se presentara¹⁵. Así lo reconocía Firmo Rubio, el alcalde republicano de Cervera del Río Alhama, en mayo de 1936, ante una carta del Sindicato Único local que reclamaba al Ayuntamiento «el cese inmediato y total del toque de campanas por lo molestas que resultan al vecindario de esta Villa; y prohibición de que trasciendan a la calle insignias religiosas, cuya sola presencia provoca el desorden». El alcalde, con la experiencia cercana de los años anteriores, manifestó que no procedía ni convenía «acometer asuntos tan baladíes, ni perder el tiempo en estas cosas que no conducen a otra cosa práctica, sino a crear enemigos a la República, y a debilitarla, como ocurrió anteriormente»¹⁶.

En realidad, como sabemos, la República no se desmoronó por el desorden y la anarquía impuestos por las hordas revolucionarias al servicio de Moscú. En la primavera de 1936, la mayor parte de las víctimas de los conflictos sociales fueron causadas por las fuerzas de orden público y, en muchos casos, el protagonismo en el uso de la violencia era de los grupos paramilitares de extrema derecha lanzados a la calle para combatir a unas organizaciones sindicales decididas a disputar el espacio público, sí, pero muy alejadas de las condiciones y los recursos necesarios para plantear un movimiento revolucionario¹⁷. La carta del Sindicato Único de Cervera incluía entre sus peticiones, además de las medidas anticlericales, el permiso para roturar

¹⁵ CRUZ, R.: *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*, Madrid, Siglo XXI, 2006, pp. 50-62 y 170-172. La amenaza de la legislación anticlerical para la fe sencilla de la gente llana en UGARTE, J.: «El carlismo hacia los años treinta del siglo XX. Un fenómeno señal», *Ayer*, 38 (2000), pp. 173-177. La importancia de las ideas sociales cristianas para entender que el pequeño campesinado nutriera las filas del ejército nacionalista, en CASTILLO, J. J.: *Proprietarios muy pobres. Sobre la subordinación política del pequeño campesinado*, Madrid, Ministerio de Agricultura, 1979, pp. 447-454.

¹⁶ Archivo Municipal de Cervera del Río Alhama (AMC): Libros de Actas Municipales, Año 1936, Sesión del 10 de mayo de 1936.

¹⁷ Los conflictos sociales de la primavera de 1936 en GIL ANDRÉS, C.: *Echarse a la calle. Amotinados, huelguistas y revolucionarios (La Rioja, 1890-1936)*, Zaragoza, Prensas Universitarias, 2000, pp. 249-259. En general, GONZÁLEZ CALLEJA, E.: «La dialéctica de las pistolas. La violencia y la fragmentación del poder político durante la Segunda República», en MUÑOZ, J.; LEDESMA, J. L., y RODRIGO, J. (coords.): *Culturas y políticas de la violencia. España siglo XX*, Madrid, Sietemares, 2005, pp. 101-146.

las dehesas improductivas, el control de la bolsa de trabajo, la construcción de grupos escolares y la apertura de obras públicas, cuestiones todas ellas encaminadas a mitigar los efectos del paro obrero y no a derribar el orden social existente. Pero para entender el fenómeno que aquí planteamos, el acercamiento ideológico del campesinado familiar hacia la derecha radical antirrepublicana, no era necesario que el «abismo catastrófico» al que se encaminaba España fuera cierto, algo que la documentación parece desmentir, sino que el miedo a la revolución se percibiera como real por aquellos que podían verse amenazados, que se interpretara como algo cercano y posible¹⁸. Y una vez que la vía electoral para el acceso al poder se había cerrado por el triunfo del Frente Popular y que, a pesar del amplio proceso de movilización, los partidos de derechas no habían sido capaces de desarrollar un proyecto contrarrevolucionario propio, el único camino para una solución autoritaria era el apoyo al golpe de Estado organizado por los militares¹⁹.

Desde este punto de vista, se puede empezar a entender cómo una pequeña región como La Rioja, donde antes de la guerra apenas había dos centenares de falangistas y, allí donde existían, los carlistas no pasaban de unas docenas, se convirtió, después del verano de 1936, en la provincia española, después de Navarra, que más voluntarios aportó a las filas de los sublevados. Si damos por buenas las cifras de Rafael Casas de la Vega en octubre de 1936, había en el frente 788 requetés y 1.469 falangistas riojanos. Si a ellos sumamos los milicianos que prestaron servicio en la retaguardia, 1.600 requetés y 2.758 falangistas, las compañías de Voluntarios de Clavijo y los centenares de hombres

¹⁸ La cuestión del «abismo catastrófico» en la primera alocución publicada en la prensa riojana por los militares sublevados, en el diario *La Rioja*, 21 de julio de 1936. El amplio eco y la capacidad movilizadora del discurso del miedo en COBO ROMERO, F.: *De campesinos a electores. Modernización agraria en Andalucía, politización campesina y derechización de los pequeños propietarios y arrendatarios. El caso de la provincia de Jaén, 1931-1936*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003, y en ROBLEDO, R., y ESPINOZA, L. E.: «¡El campo en pie! Política y reforma agraria», ROBLEDO, R. (ed.): *Esta salvaje pesadilla...*, op. cit., pp. 3-51.

¹⁹ GONZÁLEZ CALLEJA, E.: «La violencia y sus discursos: los límites de la “fascitización” de la derecha extrema española durante el régimen de la II República», *Ayer*, 71 (2008) pp. 115-116. La evolución de las derechas hacia la insurrección en GONZÁLEZ CUEVAS, P. C.: «Política de lo sublime y teología de la violencia en la derecha española», en JULIÁ, S. (ed.): *Violencia política en la España del siglo XX*, Madrid, Taurus, 2000, pp. 105-143.

encuadrados en Acción Ciudadana estaríamos hablando de un total de 7.639 hombres en armas, un aluvión de jóvenes que desde los primeros días del «Alzamiento» se presentaron en los cuarteles de la Guardia Civil o en los ayuntamientos. Podemos hacer nuestro el comentario que Javier Ugarte emplea para explicar lo ocurrido en provincias vecinas como Álava o Navarra, en pueblos donde para que salieran falangistas o requetés bastaba con que lo fuera el secretario del Ayuntamiento o un propietario conocido. Y podemos añadir que también salieron donde no había ninguno. Cuando, a finales de 1941, el jefe local de Falange de Fuenmayor recibió una circular que le pedía una relación de los «camisas viejas» de la localidad, no tuvo otro remedio que contestar con sinceridad «que con anterioridad al 18 de julio de 1936 no existía ningún afiliado a Falange o a Comunión Tradicionalista»²⁰. En otro de los pueblos de nuestro estudio, uno de los informantes, que se alistó como requeté en las semanas iniciales del conflicto, reconoce que antes del golpe de Estado no había visto nunca a un falangista: «La guerra vino aquí y no sabíamos nada. ¿Quién entra por ahí? ¡Los falangistas! ¿Y cuáles son los falangistas?».

Lo relevante, en todo caso, no es el número de adeptos anteriores al conflicto. El Círculo Jaimista de Haro, por ejemplo, tenía sólo 32 socios frente a los 207 de Acción Riojana (la marca provincial de la CEDA) pero, desde los momentos iniciales del golpe de Estado, se ofreció como la referencia más cercana e inmediata para el encuadramiento militar de los jóvenes voluntarios. Además, el carlismo proporcionó sentimientos de identidad, lazos comunitarios y creencias compartidas que demostraron una notable capacidad de movilización popular²¹. Falangistas, requetés y católicos, sobre todo católicos. La

²⁰ Las cifras de voluntarios en CASAS DE LA VEGA, R.: *Las milicias nacionales*, 2 vols., Madrid, Editora Nacional, 1977. El cuestionario sobre los «camisas viejas», 20 de noviembre de 1941, Archivo Municipal de Fuenmayor (AMF): Fondo de Falange. Imprescindible el magnífico trabajo de UGARTE, J.: *La Nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998.

²¹ CANAL, J.: «La gran familia. Estructuras e imágenes familiares en la cultura política carlista», en CRUZ, R., y PÉREZ LEDESMA, M. (eds.): *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza, 1997, pp. 97-136, y PÉREZ LEDESMA, M.: «Una lealtad de otros siglos (En torno a las interpretaciones del carlismo)», *Historia Social*, 24 (1996), pp. 133-149. La importancia de las lealtades religiosas, familiares, regionales y nacionalistas en CASANOVA, J.: «Guerra Civil, ¿Lucha de clases? El difícil ejercicio de reconstruir el pasado», *Historia Social*, 20 (1994), pp. 135-150.

Iglesia bendijo la insurrección como una Cruzada legítima, ofreció a los rebeldes el poder de representación de sus rituales y ceremonias y sirvió de cemento aglutinante de todos los sectores que respaldaron el golpe de Estado: «Eran requetés y falanges pero, eran católicos, porque lo que fue más... todo católicos, lo que se levantó esto, en este pueblo, todo católicos». La corporación municipal de Haro, después de la guerra, justificaba así la erección de una monumental Cruz de los Caídos: «Tratar de simbolizar la idea que todos llevaron al luchar contra el enemigo común, pero que sólo en la Cruz convergían todos los ideales»²².

Partidarios convencidos, paladines de fe, oportunistas que buscaban el medro personal y la obtención de recompensas y también «izquierdistas que se pusieron la camisa para evitarse peligros». Así lo reconocía el gobernador civil de Logroño cuando explicaba que el ascenso fulgurante del número de afiliados de Falange y del Requeté no se debió sólo al aluvión de «elementos derechistas», sino, también, a la atracción de «elementos procedentes del campo contrario»²³. Eran los «anhelantes de resguardo», vecinos con un pasado «manchado» por su militancia republicana o su participación en algún conflicto social. Un informante confiesa «que nos tuvimos que apuntar todos a Falange, nos tuvimos que apuntar todos los que éramos republicanos o de izquierdas». Otro cuenta la anécdota de un vecino que al ir a inscribirse a Falange el que tomaba nota le preguntó si, con anterioridad, había pertenecido a algún sindicato: «¿Cómo me preguntas tú eso, si fuiste tú el que apuntaste en la UGT?». Un tercero reconoce que fue voluntario porque se lo pidieron a su padre: «¡Coño, Eliseo, que tienes dos hijos, que tienes que...!». A veces era una estrategia para responder a la presión social de la comunidad y proteger al resto de los miembros de la familia.

Se pueden contar los casos. A finales del verano de 1936, los alcaldes y los comandantes de los puestos de la Guardia Civil redactaron informes reservados sobre los afiliados a las milicias nacionales que no eran de plena confianza. En Haro, de los 88 falangistas listados, 18 tenían «antecedentes» y otros 40 estaban en «observación» porque procedían de partidos políticos republicanos. En Briones había 40

²² Archivo Municipal de Haro (AMH): Libros de Actas Municipales, Año 1940, Sesión del 23 de marzo de 1940.

²³ AHPLR: GC, paquete 295, leg. «Memorias 1938-1942», Memoria anual de 1938.

falangistas y 16 requetés más que dudosos, 11 de ellos procesados por participar en la intentona anarquista de 1933. En Fuenmayor eran 7 los falangistas sospechosos, un número mucho más alto si se incluían los que tenían hermanos izquierdistas. Desde Cenicero se señalaban en rojo los nombres de 21 falangistas y requetés, algunos, no obstante, elogiados por haber prestado «servicios insuperables»²⁴. Las fuentes no ocultan los nombres de muchos individuos que prefirieron convertirse en perseguidores antes de ser perseguidos, coautores de la violencia antes que víctimas. De todos modos, los abundantes ejemplos de «anhelantes de resguardo» no restan peso a los factores ideológicos o a las motivaciones sociales y económicas a la hora de comprender el aluvión de afiliaciones a las milicias rebeldes. Simplemente se trata de presentar la complejidad y diversidad del fenómeno producido en el verano y el otoño de 1936.

«Aquí han sido los mismos del pueblo». Entre las víctimas y los verdugos

Rafael Cruz ha clasificado a los agentes de la limpieza política de la zona rebelde en tres categorías: autoridades militares y dirigentes de las organizaciones civiles aliadas, bandas de militantes-policías-paramilitares y una parte de la población general que apoyaba y aprobaba la represión²⁵. Caben todavía más matices y actitudes. Podemos hablar, de arriba abajo, con diversos grados de responsabilidad y compromiso, de directores, intercesores, ejecutores y colaboradores, un grupo, este último, amplio y heterogéneo en el que cabría incluir a los cómplices, los delatores, los adeptos y los simples espectadores.

Directores. La fragmentación provincial y local del poder permitió la aparición de verdaderos señores de la guerra, militares y paisanos que organizaron, sobre el terreno que dominaban, la campaña de aniquilación premeditada y ordenada por los sublevados. En La Rioja, el

²⁴ AHPLR: GC, Haro, caja núm. 4; Briones, caja núm. 2; San Asensio, caja núm. 1; Fuenmayor, caja núm. 1; Cenicero, caja núm. 2. El aluvión de ingresos de falangistas en la retaguardia en THOMAS, J. M.: *Lo que fue la Falange*, Barcelona, Plaza y Janés, 199, pp. 94-95.

²⁵ CRUZ, R.: «Olor a pólvora y patria. La limpieza política rebelde en el inicio de la guerra de 1936», *Repertorios. La política de enfrentamiento en el siglo XX*, Madrid, CIS, 2008, pp. 176-177.

caso más claro fue el del primer gobernador civil, el capitán Bellod. El 21 de julio despidió al general Mola en el aeródromo de Recajo con el encargo personal de extremar la dureza: «Descuide, mi general, que así lo haré»²⁶. Y no faltó a su promesa. En los seis meses de su mandato la cuenta macabra de los asesinatos se acercaba ya a los dos millares. Junto a él, los jefes militares de la guarnición de Logroño y los oficiales encargados de coordinar las acciones de los puestos locales de la Guardia Civil, de las cuadrillas volantes de milicianos y de los traslados de detenidos a los depósitos comarcales y a las prisiones provisionales de la capital de la provincia. Y también pequeños jefes, dirigentes de Falange y del Requeté y muchos de los nuevos gestores municipales. Era famosa la «checa blanca» de Logroño que, según denuncia en sus memorias Pedro Escobal, acordaba todos los días los nombres de los detenidos que iban a integrar la saca nocturna²⁷. Reuniones parecidas tenían lugar, de manera oficiosa, en los despachos de los ayuntamientos, en los cuarteles y en casas particulares de los cabecillas locales de la rebelión. De allí salían las famosas listas, la hoja informal que recogía las señas de los vecinos considerados enemigos a abatir, una línea estrecha y sinuosa que atravesaba las calles y las casas de cada pueblo para separar a los buenos de los malos españoles.

Intercesores. En muchos lugares, entre la pluma que terminaba de escribir el último nombre de la lista y la mano del encargado de recibirla, con la camioneta dispuesta en medio de la plaza, no hubo nadie; nadie decidido a mediar para frenar el celo de los represores, para limitar los excesos de los milicianos llegados de fuera o para restar, al menos, algunos de los nombres anotados. Son, sin duda, los casos donde el número de asesinatos fue más elevado y los detalles de las sacas y paseos resultan más crueles y sanguinarios. La geografía del terror tiene que ver fundamentalmente con el pasado político y social; las «purgas» fueron mayores allí donde el programa reformista republicano había obtenido más votos, cambiando el color de los poderes locales, y donde las organizaciones obreras mostraron mayor capacidad para plantear sus reivindicaciones. Eso explica la ausencia de crímenes en bastantes pueblos de la Sierra de Cameros y la brutalidad de la represión en las comarcas del Valle de Ebro, mejor comunicadas,

²⁶ Declaración de Emilio Bellod, Sumarísimo 9087/38, antiguo Archivo de Justicia del Gobierno Militar de La Rioja (actualmente en el Archivo Intermedio de la Región Militar Noroeste de Ferrol, A Coruña).

²⁷ ESCOBAL, P. P.: *Las sacas*, Logroño, Roldana Editorial, 1981.

con una densidad de población más alta, una agricultura comercial más desarrollada y una mayor segmentación social. Sin embargo, al lado de localidades con una larga lista de muertos hubo otras, con una estructura económica y social y un pasado político similar, donde el número de fallecidos fue mucho menor.

Ése es el espacio de actuación de los intercesores, vecinos con un prestigio reconocido dentro de su comunidad, sin sombra de desafección al Movimiento, por supuesto, pero dispuestos a mediar ante los dirigentes locales para dejar en la celda a un detenido que iba a ser paseado, para salvar a algunos de los sentenciados o, en los casos más recordados, para situarse delante de la camioneta de falangistas llegados de fuera y exigir que siguieran su camino sin llevarse a nadie. Podía ser el párroco del pueblo, el juez municipal, un militar retirado, un propietario destacado o un antiguo cacique con relaciones clientelares. Informes favorables, recomendaciones, favores prestados o intervenciones directas. Un testigo rememora la acción de un capitán en la reserva que se enfrentó a los forasteros armados: «Oigan, aquí ustedes no tienen nada que hacer que respondo yo de ellos. Y allí dejaron a todo el personal». Otra informante asegura que «el cura que ha querido en los pueblos no ha dejado salir a nadie». En 83 municipios de los 182 que componían la antigua provincia de Logroño no murió nadie asesinado. Pero, por desgracia, la actitud más habitual de aquellos que podían haber intercedido para impedir o aminorar la violencia homicida fue la colaboración activa, la connivencia o la indiferencia. Las nuevas autoridades locales nombradas por los sublevados estuvieron casi siempre de acuerdo con la represión y muchos párrocos, cuando no alentaron y bendijeron la acción de las armas, miraron para otro lado y guardaron silencio dejando que la venganza ahogara cualquier sentimiento de piedad o compasión.

Ejecutores. Las cuadrillas volantes de requetés y falangistas se movían entre las órdenes dictadas por los dirigentes de la represión, la aceptación activa o pasiva de las autoridades locales y una cierta autonomía, nacida de la división del poder y la confusión inicial de la retaguardia, que se fue diluyendo después del verano de 1936 cuando se organizaron de manera regular tanto los traslados de detenidos como las sacas nocturnas. Nada de improvisación había en las fosas comunes abiertas a lo largo del otoño de ese año en la Barranca de Lardero, por ejemplo, donde se fueron acumulando los cuerpos de cuatrocientos asesinados. Esas «escuadras de la muerte», como se denominan en

algunos testimonios, actuaban una noche tras otra en los alrededores de la capital de la provincia y en las cabeceras de comarca, con horarios e itinerarios repetidos casi como una rutina, una verdadera operación de exterminio. En los pueblos pequeños, donde las razzias se realizaron en unas fechas concretas, muchos informantes hablan simplemente de la llegada de una camioneta, una expresión que despersonaliza el crimen y difumina los rostros de los verdugos.

¿Quiénes eran? Al frente de los pelotones de ejecución solían estar hombres con alguna experiencia militar. Conocemos la identidad de los más señalados porque, en la Prisión Provincial de Logroño, las noches de saca se firmaba un parte de recogida de presos. Hay nombres propios, los de fama más funesta, que se repiten en las memorias de los testigos y en los relatos orales: un teniente de la Guardia Civil, un sargento del mismo cuerpo, un cabo de la Guardia de asalto, un policía... El resto de los integrantes del pelotón seguramente no tenían experiencia previa en el manejo de las armas. Había arribistas sin escrúpulos, desde luego, y apellidos y apodos de antiguos presos y delincuentes comunes. Pero la mayoría eran hombres «normales», jóvenes falangistas y requetés que se prestaban a formar parte de las expediciones de limpieza para conseguir, en un escenario inseguro y amenazante, la integración en el colectivo de los vencedores. La violencia era una estrategia de iniciación política y socialización que les identificaba con el grupo y exaltaba los valores masculinos y guerreros. Como ha destacado Michael Mann, el discurso fascista, con su apelación a la energía, a la virilidad y a la violencia, consiguió atrapar a cientos de hombres jóvenes y solteros dentro de las «jaulas» de la camaradería y de la jerarquía, dentro de partidos y de unidades paramilitares que constituyeron casi «instituciones totales»²⁸. Un testigo recuerda a los jóvenes de su quinta que cogieron el fusil: «Iban en patrullas mandadas por otros, por gente adicta. Salían a hacer patrulla con los guardias, estaban animados, eran de 17-18 años, como unos chulillos del pueblo». Una espiral de terror y cruel-

²⁸ MANN, M.: *Fascistas*, Valencia, PUV, 2006, p. 386. Los caracteres del comportamiento del grupo fascista en GENTILE, E.: *Fascismo. Historia e interpretación*, Madrid, Alianza, 2004, pp. 103-104. El protagonismo de las organizaciones juveniles en GONZÁLEZ CALLEJA, E., y SOUTO KUSTRÍN, S.: «De la Dictadura a la República: orígenes y auge de los movimientos juveniles en España», *Hispania*, 225 (2007), pp. 73-102. Véase también el dossier coordinado por GONZÁLEZ CALLEJA, E.: «Juventud y política en la España contemporánea», *Ayer*, 59 (2005).

dad que, una vez iniciada, aseguraba la lealtad de los comprometidos: «La consigna: hay que matar y ensuciarse las manos, porque así ya no pueden volver atrás. Eso era así».

Algunas caras no eran desconocidas para los detenidos que iban a ser paseados, «vecinos contra vecinos, que tú no sabes lo malos que somos». Pero es más común la descripción de grupos de forasteros, procedentes de las localidades limítrofes, que aprovechaban la impunidad de la noche para ocultar su identidad. «Venían casi todos de fuera. Aquí para decir “mata a fulano” había, pero para decir yo voy a tal sitio. Porque los que iban en la camioneta, a su pueblo no iban, iban a otro. Entonces no sabías ni quién venía ni quién no venía». Se puede hablar casi de un acuerdo tácito de división del trabajo, una especie de distanciamiento psicológico que facilitaba la comisión de las matanzas y diluía la posible sensación de culpabilidad de los vecinos del pueblo, los que habían confeccionado la lista de los «rojos» a los que había que eliminar, los que habían ayudado a su captura o los propios carceleros, que podían tener así la impresión de que no participaban en los crímenes porque no tenían las manos manchadas de sangre.

En este sentido, son muy interesantes las conclusiones del libro de C. R. Browning sobre las matanzas de judíos polacos cometidas durante la Segunda Guerra Mundial por los miembros del Batallón de Reserva Policial 101²⁹. Su comportamiento no puede disculparse por el envilecimiento que provoca la experiencia previa de la guerra. Eran alemanes «ordinarios» que no habían entrado en combate, que no habían perdido a compañeros que lucharan a su lado ni sabían lo que era disparar a quemarropa. Tampoco es satisfactoria la explicación tradicional de la imposición de la disciplina militar, una obediencia obligada que no deja elección. Los ejecutores eran voluntarios escogidos entre los más deseosos de matar o entre aquellos que, simplemente, no hacían ningún esfuerzo por mantenerse a distancia cuando se formaban los pelotones de ejecución. El estudio enumera factores como el adoctrinamiento ideológico, la edad, la deferencia hacia la autoridad o la expectativa de recompensas. Pero subraya otros más importantes para ayudar a descifrar las razones de la conducta del Batallón. Uno de ellos sería la división y especialización del

²⁹ BROWNING, C. R.: *Aquellos hombres grises. El Batallón 101 y la Solución Final en Polonia*, Barcelona, Edhasa, 2002. Una presentación de esta obra en VILANOVA I VILA-ABADAL, F.: «La larga sombra de la culpabilidad alemana: ecos y derivaciones de la *Historikerstreit*», *Ayer*, 40 (2000), pp. 137-167.

trabajo, que atenuó la responsabilidad personal. Otro pudo ser la presión entre iguales, la conformidad con el grupo. La violencia se convirtió en un acto social con respecto a los compañeros. Apartarse de los demás podía considerarse como una forma de reproche moral, como un cuestionamiento de los valores de «macho» de la mayoría. Y una vez involucrados, los individuos se encontraron con una serie de vínculos y mecanismos de consolidación que hicieron que la desobediencia o la negativa fueran más difíciles. Un último factor sería el efecto intensificador de la propaganda y de las noticias de la guerra, la definición del conflicto como una lucha entre «nosotros» y los «otros» que crea un mundo polarizado en el que el «enemigo» se convierte en un objeto y se saca del conjunto de obligaciones humanas». La deshumanización permitía el alejamiento psicológico y ese distanciamiento, más que la exaltación o la crueldad, era el factor clave que facilitaba el hecho de matar.

Y no sólo matar. También perseguir, denunciar, delatar, aplaudir o aprobar con la presencia física, con el apoyo del número. Lo hemos visto en el caso de la retaguardia riojana. Los milicianos armados ayudaron a eliminar las diferencias entre civiles y militares, el terror permitió a los agentes de la limpieza política desligar la violencia de las normas de conducta convencionales, alejar cualquier sentimiento de culpa y remordimiento frente a vecinos indefensos convertidos en contrarios sin rostro, deshumanizados³⁰.

Colaboradores. El interior de las comunidades rurales es un escenario opaco donde la autoría de la represión se desvela como una cuestión compleja, una red capilar de contornos borrosos que no deja marcar una línea sencilla que separe con claridad a los amigos y a los enemigos, a los perseguidores y a los perseguidos. Es la «zona gris». Primo Levi tituló así el capítulo segundo de *Los hundidos y los salvados*, una lúcida y descarnada reflexión sobre la «maraña» de contactos humanos existentes en el interior del campo de concentración, un espacio de ambigüedad, propio de los regímenes fundados en el terror y la sumisión, que no podía reducirse a dos bloques de víctimas y verdugos³¹. Levi cuenta que, al llegar al campo, todos los deportados esperaban encontrarse con un mundo terrible pero descifrado,

³⁰ La construcción de la imagen del enemigo en SEVILLANO CALERO, F.: *Rojos. La representación del enemigo en la Guerra Civil*, Madrid, Alianza, 2007.

³¹ LEVI, P.: *Los hundidos y los salvados*, Barcelona, Muchnik, 2001, pp. 33-64.

sin embargo, el enemigo estaba también dentro, el «nosotros» perdía sus límites, «los contendientes no eran dos, no se distinguía una frontera sino muchas y confusas, tal vez innumerables». Entre las víctimas y los verdugos no había un terreno vacío, sino un espacio «constelado de figuras». Estaban los ayudantes que procedían del campo adversario, los ex enemigos comprometidos que habían contraído con sus jefes el vínculo de la complicidad y no podían volverse atrás, los oprimidos dispuestos a colaborar con el poder movidos por el miedo, la seducción ideológica, la imitación servil del vencedor, la vileza, el cálculo de los costes y beneficios de la participación en el sistema o el simple deseo de supervivencia, una disposición «teñida de infinitos matices y motivaciones».

El escritor italiano subrayaba que un orden «infernal», como era el nacionalsocialismo, ejercía un poder espantoso de corrupción del que era difícil escapar: «Degrada a sus víctimas y las hace semejantes a él, porque impone complicidades grandes y pequeñas» visibles en las acciones de «los pequeños jefes que sirven a un régimen, frente a cuyas culpas son voluntariamente ciegos; de los subordinados que firman todo, porque una firma es poco importante; de quien mueve la cabeza pero consiente; de quien dice “sí no lo hiciese yo, lo haría alguien peor que yo”». Por eso, aunque sea una cuestión incómoda y perturbadora, hay que abandonar la «retórica esquemática» y explorar el espacio que separa a las víctimas de los perseguidores «¡y no sólo en los lager nazis!». Tony Judt ha destacado el valor de las páginas escritas por Primo Levi, la necesidad de abordar el tema de «las infinitas gradaciones de responsabilidad, debilidad humana y ambivalencia moral que hay que comprender para evitar la trampa de separar todo y a todos en dos polos opuestos: resistentes y colaboracionistas, culpables e inocentes, bondadosos y malvados»³².

Estas reflexiones son especialmente útiles a la hora de estudiar la retaguardia rebelde en la Guerra Civil española. La retaguardia es un escenario que transforma las relaciones humanas disolviendo las diferencias entre beligerantes y no beligerantes, sin dejar espacio para la indiferencia o la pasividad. Lo decía un llamamiento de Falange publicado en el diario *La Rioja*: «No debe haber un hombre sin estar encuadrado en una milicia. Los tibios, los neutros, los que en este

³² JUDT, T.: «Las verdades elementales de Primo Levi», en *íd.*: *Sobre el olvidado siglo XX*, Madrid, Taurus, 2008, p. 67.

momento quieren evadir su prestación no olviden que se les pasará cuenta». Otro artículo posterior recordaba que se habían acabado «los términos medios. O somos o no somos, o hacemos Patria con todas nuestras fuerzas, nuestra fe, nuestro empeño, o la deshacemos con nuestra tibieza, nuestro derrotismo, nuestra incompreensión del momento heroico»³³.

Nadie podía quedar al margen, ajeno a la fractura que había dividido en dos a la comunidad, a la imagen construida de un enemigo que podía habitar en la casa de al lado, en la puerta de enfrente. Nadie conocía los límites del terror, una sensación de amenaza y de incertidumbre que no dejaba más salida que la colaboración activa o el riesgo de convertirse en otra víctima de la violencia. Adeptos o desafectos. Había que tomar partido, mostrar en público la adhesión a los valores de los sublevados, identificarse con la causa de los rebeldes con acciones positivas de apoyo y aprobación. Podía ser el ingreso de un familiar en las milicias nacionales, el ofrecimiento de servicios personales en el cuartel de la Guardia Civil, la delación de un vecino oculto, la firma de una declaración inculpatoria, la participación en todas las cuestaciones y suscripciones económicas o la asistencia entusiasta a los actos públicos, las manifestaciones patrióticas y las ceremonias religiosas.

«Levanta bien ese brazo». La larga sombra del terror

La política del terror no sólo sirvió para paralizar cualquier intento de oposición. Ése pudo ser su primer objetivo, «cortar las cabezas para que no anden los pies», como expresaba de forma gráfica un informante. Pero pronto, como confesó Dionisio Ridruejo, de un primer nivel de violencia denominado como de «necesidad militar» se pasó a una completa operación de aniquilación: había que «desarraigat la mala hierba», eliminar la semilla, extirpar cualquier recuerdo del pasado republicano³⁴. La violencia se extendió como una piedra sobre el agua quieta de un estanque, en ondas concéntricas que parecía que podían amenazar casi a cualquiera. El vecino que había participado en una burla de carnaval o en una procesión cívica, el que

³³ *La Rioja*, 15 y 27 de octubre de 1936.

³⁴ RIDRUEJO, D.: *Escrito en España*, Madrid, G. del Toro, 1976, pp. 117-121.

había dejado su firma en unas bases de trabajo o en una petición colectiva de jornales, el que leía periódicos «rojos» en el portal de su casa, el que había rondado por las calles el día del triunfo del Frente Popular, la joven que se había vestido de República en la fiesta del 14 de abril, el chico que tocaba el violín en las sesiones de cine del centro obrero... ¿Qué familia podía asegurar que estaba completamente a salvo, que no necesitaba resguardo?

El miedo es una respuesta emocional, un sentimiento de peligro inminente que hace que la gente modifique su interpretación de la realidad³⁵. Y el miedo funcionó también como un impulsor básico³⁶, especialmente cuando no hacer nada era algo peligroso, sobre todo en comunidades pequeñas donde cada uno sabía cómo respiraba el otro, donde la pasividad o la indiferencia eran, cuando menos, sospechosas; en un escenario, el de la retaguardia, donde todas las miradas tenían memoria. Ése fue el rédito fundamental de la política del terror, la creación de una «zona gris» que alargó su sombra más allá del verano y del otoño de 1936, durante toda la guerra y a lo largo de una posguerra interminable.

En enero de 1937 terminaron las sacas en las cárceles riojanas. Se acabaron las reuniones de los jefes que decidían la suerte de los detenidos, ocupados en la gestión de los poderes locales y en la construcción del nuevo orden franquista. También las correrías nocturnas de las cuadrillas de paramilitares, relegados a labores secundarias de vigilancia o encuadrados en las expediciones militares que partían hacia el frente. Desde mediados del otoño habían cesado, por orden gubernativa, las redadas de las bandas que recorrían el campo en busca de fugados. El espectáculo de la exhibición de los cadáveres y el escarnio público de las mujeres con la cabeza rapada desaparecieron de las carreteras y las plazas de los pueblos. Las últimas ejecuciones de grupos numerosos estaban más relacionadas con la marcha de la guerra que con la campaña de exterminio sistemático llevada a cabo en los meses anteriores. La difusión de rumores y noticias con detalles macabros de las matanzas realizadas por los «rojos», las imágenes de los bombardeos aéreos o la muerte en combate de un falangista local

³⁵ CRUZ, R.: «La cultura regresa al primer plano», en CRUZ, R., y PÉREZ LEDESMA, M. (eds.): *Cultura y movilización...*, op. cit., p. 25.

³⁶ WALDMANN, P.: «Sociedades en guerra civil: dinámicas innatas de la violencia desatada», *Sistema*, 132-133 (1996), p. 148.

podían motivar represalias «en caliente» sobre los vecinos que permanecían encarcelados³⁷. Los asesinatos aislados de finales de diciembre y principios de enero tenían más que ver, probablemente, con venganzas privadas, con ajustes de cuentas pendientes que había que saldar antes de que se cerrara la operación de aniquilamiento.

El «camión de la muerte» y los disparos clandestinos que rompían la madrugada de los cementerios fueron sustituidos por consejos de guerra oficiales y pelotones de fusilamiento compuestos por soldados. Pero, para entonces, la mayor parte del «trabajo sucio» ya estaba hecho. Apenas medio centenar de los casi dos mil civiles asesinados en La Rioja pasaron por la ficción de un juicio sumarísimo y una sentencia de muerte con letra de imprenta.

En febrero de 1937, después de la purga sanguinaria del semestre anterior, las tres prisiones de Logroño y las cárceles comarcales albergaban todavía a 1.500 detenidos gubernativos. En el mes de mayo eran 935. A finales de año quedaban 615. Ya no era necesario mantener una población penal tan elevada. Nada lo justificaba. Sin embargo, el esfuerzo bélico precisaba de todos los hombres disponibles en la retaguardia. Madrid no había caído. Había que guardar los altares portátiles construidos en los pueblos para entrar en la capital de España y las cartas de las familias piadosas dispuestas a acoger a los niños «liberados» y disponerse para una guerra larga. Los presos pertenecientes a quintas movilizadas fueron enviados al frente. Algunos se pasaron al campo «rojo», una tentación que pronto cortaron las autoridades encarcelando a un familiar de cada desertor. A los que continuaron detenidos se les aplicó la redención por el trabajo. El famoso Decreto 281, de mayo de 1937, declaraba que el derecho al trabajo «no ha de ser regateado por el Nuevo Estado a los prisioneros y presos rojos»³⁸, un método añadido de castigo y expiación que ya habían ensayado las autoridades locales con los deteni-

³⁷ La exageración de las atrocidades cometidas en el campo enemigo como factor para exacerbar la deshumanización del enemigo en COBO ROMERO, F., y ORTEGA LÓPEZ, T. M.ª: «Pensamiento mítico y energías movilizadoras. La vivencia alegórica y ritualizada de la Guerra Civil en la retaguardia rebelde andaluza, 1936-1939», *Historia y Política*, 16 (2006), pp. 135-136.

³⁸ La cita del Decreto en CENARRO, A.: «La institucionalización del universo penitenciario franquista», en MOLINERO, C.; SALA, M., y SOBREQÜÉS, J. (eds.): *Una inmensa prisión. Los campos de concentración y las prisiones durante la guerra civil y el franquismo*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 135-136.

dos de los depósitos municipales. El trabajo forzado, el hacinamiento, las enfermedades, la corrupción... «Un hombre ya no sale como ha entrado».

A los que volvían a sus casas, liberados por el favor de una influencia, por su edad avanzada o por haber sido clasificados como «levemente comprometidos y responsables»³⁹, les esperaba el ambiente opresivo de la retaguardia, la incautación de sus bienes y una vida cotidiana marcada por la humillación, las vejaciones y la amenaza siempre presente de la violencia: «Yo recuerdo que cuando a mi suegro lo sacan de la cárcel hubo una manifestación de ésas y al llegar a la plaza, que estaba así de llena, [uno] dijo: levanta más ese brazo, no sea que vayas a marchar por donde has venido».

Era la amenaza de la «segunda vuelta», una expresión repetida en los recuerdos de varios testigos: «Porque luego decían: ¡hay que dar otra vuelta! Y la gente pues estaba toda atemorizada». El clima del terror siguió dando sus frutos cuando se alejó el eco brutal de las matanzas, «cuando se impusieron las rutinas del hambre y del miedo y la vida se adaptó mal que bien a una cierta impostura de normalidad»⁴⁰. Era la impostura de la zona gris, el color que se adueñó de la retaguardia, un espacio en el que convivían las invocaciones ideológicas, religiosas y nacionalistas con las actitudes nacidas del miedo, la inseguridad latente y la necesidad de definición y reconocimiento de «los que se niegan a ver un prójimo donde descubren un enemigo»⁴¹. Señalar, apuntar, acusar y denunciar. El cabo de la Guardia Civil de Cervera animaba desde el balcón del Ayuntamiento, después de una manifestación patriótica, a denunciar cualquier «infracción» observada «para hacer así diferencia entre el bueno y el malo». Sin salir del mismo pueblo, el párroco de la iglesia de Santa Ana señalaba desde el púlpito a los vecinos «izquierdistas» sentados en las bancas traseras: «De aquí para allí, todo oro; de allí para atrás, paja. ¡Salid del coro para que os vean! ¡Salid del coro!»⁴².

³⁹ Carta del Director General de Prisiones al Alcalde de Haro, 19 de agosto de 1937, AHPLR: GC, Haro, caja 4.

⁴⁰ CABALLERO BONALD, J. M.: *Tiempo de guerras perdidas*, Barcelona, Anagrama, 1995, p. 34.

⁴¹ «El Padrenuestro del español», *La Rioja*, 9 de diciembre de 1937.

⁴² Las palabras pronunciadas por el cabo de la guardia civil de Cervera desde el balcón del Ayuntamiento en la crónica de los actos de la reposición de crucifijos, *La Rioja*, 22 de septiembre de 1936. Las palabras del párroco de Santa Ana repetidas por varios informantes orales sin apenas variaciones.

La institucionalización legal de esa microrrepresión cotidiana⁴³, omnipresente desde los primeros meses de 1937, nos ha dejado en los archivos provinciales y municipales el rastro escrito de la opresión, la persecución y el control social asfixiante de la retaguardia. Está en las declaraciones acusatorias que engrosan los expedientes de depuración de secretarios municipales, maestros y otros empleados públicos y en los informes inculpatorios que acompañan los expedientes de responsabilidad civil, antecedentes de las comisiones de responsabilidades políticas. En la catarata de exacciones económicas que llenaba el tablón de anuncios de cada ayuntamiento: la suscripción nacional, las «donaciones» de oro y joyas, la prestación de jornales gratuitos en obras públicas y en época de siembra y vendimia, el Día del Plato Único, los Lunes sin postre, el Aguinaldo del Soldado, el Subsidio Pro Combatiente, los sellos de la Cruzada contra el frío, el Auxilio a las Poblaciones Liberadas, la ficha azul del Auxilio Social, las cuestaciones para Frentes y Hospitales o las requisas de automóviles, aparatos de radio, alimentos, mantas y hasta encendedores. También en las disposiciones y bandos oficiales para combatir la falta de cumplimiento, la ignorancia fingida, el ocultamiento y el fraude. Y en los partes de la Guardia Civil, las multas, sanciones y detenciones municipales que recogen las denuncias de particulares por «frases antipatrióticas», por «derrotismo», por hablar «en términos desafectos a la Causa Nacional», por «omitir el saludo a la enseña nacional», por no levantar el brazo a tiempo, por no asistir a una manifestación, por trabajar en domingo o por no engalanar los balcones en las celebraciones oficiales. La lista es interminable.

A comienzos de 1939, una vecina de San Asensio, denunciada varias veces, se quejaba al gobernador civil de la persecución que sufría su familia y de la contradicción que existía entre las palabras «magnánimas» que escuchaba en la radio al Generalísimo, que «rebotan piedad y caridad cristiana», y los dirigentes del pueblo que «desde el balcón del ayuntamiento no hacen otra cosa que hablarnos de muerte y exterminio, reflejando absoluta ausencia de sentimientos elevados». En algunos pueblos las autoridades provinciales tuvieron que poner freno al «celo excesivo» de los jefes locales. El

⁴³ La cuestión de la microrrepresión cotidiana es una de las propuestas de trabajo de GONZÁLEZ CALLEJA, E.: «La cultura de guerra como propuesta historiográfica: una reflexión general desde el contemporaneísmo español», *Historia Social*, 61 (2008), p. 85.

alcalde de Cenicero fue destituido por su política arbitraria de sanciones, arrestos y registros domiciliarios. En sus informes de incautación de bienes recogía hasta los rumores que le llegaban de las tareas diarias de las esposas de los fugados: «Se fundan el que por aquí estén por el comestible que las mujeres adquieren, por haberlas visto lavar ropas y hoy yo mismo me hallo haciendo gestiones para ver si en el regadío trabajan por las noches ya que no he podido conocer quién es el que hace las labores de la huerta»⁴⁴. El alcalde de Cervera también fue cesado. El propio teniente de la Guardia Civil denunció por escrito su «política de terror», su «apasionamiento personal» y la «mala fe y mal instinto» de la camarilla que lo rodeaba: el cura párroco, que «actúa para eliminar a las personas que no sean de su agrado», y el juez municipal, «un hombre funesto que tiene vacas lecheras y el mero hecho de no gastar la leche es bastante para odiar a sangre y fuego»⁴⁵. Al Juez municipal de Cervera le recriminó también su conducta la Comisión Provincial de Incautación de Bienes. Debía permitir a los expedientados «la recogida de cosechas y percepción de frutos, de cuyo importe se destinará ante todo lo suficiente para atender a las más perentorias necesidades de la vida de la mujer e hijos del supuesto responsable»⁴⁶.

Poco antes de terminar la guerra, el gobernador civil de Logroño se quejaba amargamente del «insano» afán de muchos jefes locales de la Milicia Nacional que pugnaban «para continuar usufructuando la preponderancia y poder satisfacer de esta suerte sus venganzas personales». Ésa era, a su juicio, una de las causas que impedían una verdadera «transformación» de la provincia. La Nueva España ya estaba «purgada de todos los males que la habían conducido al borde del abismo». Pero la mayor parte del pueblo «y sobre todo el elemento trabajador, está vencido pero no convencido»⁴⁷.

Vencidos en una guerra en la que no habían tomado parte, vencidos más allá de la victoria de las armas, como un estigma imborrable

⁴⁴ Declaración del alcalde de Cenicero, AHPLR: Sección Judicial, Expediente de Responsabilidades Políticas, RP/38/03.

⁴⁵ Denuncia del teniente de la Guardia Civil de Cervera al Gobernador Civil de Logroño, 6 de febrero de 1937, AHPLR: GC/M-46/2.

⁴⁶ Carta de la Comisión Provincial de Incautación de Bienes, 7 de octubre de 1937, AHPLR: GC/M-46/2.

⁴⁷ Comentarios del Gobernador Civil de Logroño, AHPLR: GC, paquete 295, leg. «Memorias 1938-1942», Memoria anual de 1938.

que el franquismo se encargó de recordar durante décadas; relegados al ámbito privado, a la lucha cotidiana por la supervivencia: «Había que bajar la cabeza»; «nosotros, mi familia, no nos hemos metido nunca en esas cosas, porque no hemos rezado nunca en ninguna parte, porque hemos dicho: si queremos comer tenemos que trabajar»; «hay que saber nadar y guardar la ropa y no meterse con nadie, porque ya sabemos lo que es la política»; «ya sabes lo que pasa en los pueblos, como estamos tan encontrados»; «nosotros no hemos sido políticos, estábamos naturales». Después de la guerra, la retaguardia era un terreno bien labrado para que creciera con fuerza la desconfianza hacia la política y el recuerdo de la violencia asociado a las disputas entre partidos, un terreno abonado para el hábito del silencio y el consenso pasivo, dispuesto para que una parte importante de la población aceptara con resignación la dictadura como algo dado⁴⁸.

Esa percepción de que el retiro a la vida privada, a una «normalidad» sin política, era la garantía de la paz y la tranquilidad de las familias persistía en los años de la transición a la democracia y aún hoy es visible en comunidades pequeñas donde el presente tiene los mismos apellidos y vive en las mismas casas que el pasado: «es mejor no revolver»; «prefiero no remover», «nadie queremos compromisos»; «¿a mí no me vendrá nada de esto?»; «en los pueblos ya sabes cómo somos». Muchos vecinos no quieren hablar. Y en los relatos de los que acceden a contar su testimonio se nota el poso que ha dejado el miedo al desorden, la falta de confianza en la capacidad de la sociedad para resolver de forma pacífica los problemas de la convivencia, el temor a las consecuencias del ejercicio de las libertades democráticas⁴⁹.

Merece la pena reproducir algunas frases de la carta exculpatoria escrita en el verano de 1937 por un empleado municipal de Cervera expedientado por una denuncia, firmada por varios vecinos, que le acusaba de «haber frecuentado siempre las amistades de izquierdas». En su descargo, el expedientado alegaba que «en los pueblos, empiezan los vecinos a conocerse de pequeños y luego ya todos somos ami-

⁴⁸ SAZ CAMPOS, I.: *Fascismo y franquismo*, Valencia, PUV, 2004, pp. 183-184, 196 y 221-222. Imprescindible el libro de MIR CURCÓ, C.: *Vivir es sobrevivir. Justicia, orden y marginación en la Cataluña rural de posguerra*, Lleida, Milenio, 2000.

⁴⁹ AGUILAR FERNÁNDEZ, P.: «Presencia y ausencia de la guerra civil y del franquismo en la democracia española. Reflexiones en torno a la articulación y ruptura del "pacto de silencio"», en ARÓSTEGUI, J., y GODICHEAU, F. (eds.): *Guerra Civil. Mito y memoria*, Madrid, Marcial Pons-Casa de Velázquez, 2006, pp. 263, 270 y 291.

gos y todos nos hablamos y yo que, como he repetido tantas veces, nunca he tenido ideas políticas, he vivido siempre de la misma manera hablando con todo el mundo y siendo amigo de todos. Que alguno se hizo de izquierdas ¡otros son de derechas! (...) ¿Qué importancia puede tener que al encontrar a algún conocido por la calle, sea de un color o de otro, hable con él de cualquier cosa, nunca de política?». El expedienteado recalca que nunca había tenido ideas políticas «habiendo vivido siempre consagrado a la familia, prescindiendo en absoluto de las luchas partidistas y ni qué decir tiene que jamás me he afiliado a organización política ni sindical alguna». Añadía que ni siquiera iba al café, que en todo momento había permanecido «al margen de la política, que cuando consistía en la disputa de los partidos para alcanzar el poder, me ha repugnado siempre»⁵⁰. La herencia más pesada del franquismo. La desconfianza, el miedo y la culpa, los frutos más longevos de la zona gris.

⁵⁰ Carta al Gobernador Civil de Logroño, 9 de junio de 1937, AHPLR: GC, M/46-1.